

parece indicarnos otro totalmente contrario. Cuando la salud falta sobre todo, cuando el cuerpo está débil, si el alma no es muy grande, ella también se doblega, y se rinde. El jóven Mastai-Ferreti triunfó con su constancia de todos los obstáculos, y vencedor aun de la terrible epilepsía, fué por fin ordenado sacerdote el Sábado de gloria de 1819, por Monseñor Caprano, Arzobispo de Icomio, en la capilla de la habitación que el Prelado ocupaba en Roma, en el espléndido palacio de los Dorias.

II

Hay en Roma una iglesia, que no figura por cierto en primera línea, entre las trescientas que se elevan en la Ciudad Santa. Ni todos los viajeros la visitan, ni se halla su descripción en todas las guías de forasteros: está dedicada á la Madre de la Virgen Santísima, y se designa con el nombre de *Santa Ana de los Carpinteros*. Este pequeño templo, célebre hoy en el orbe entero, se hallaba decorado suntuosamente el día de Pascua de 1819. Por primera vez el Abate Mastai, recién ordenado presbítero, celebraba el santo sacrificio: había obtenido, al recibir las últimas órdenes, las licencias necesarias para ejercer el santo ministerio, aunque á condición de ser siempre asistido de otro sacerdote, por temor de nuevos ataques epilépticos.

Los niños del vecino hospicio formaban devota corona en derredor del nuevo presbítero, de cuyos labios estaban acostumbrados á oír continuas pláticas espirituales. La compañía de estos desvalidos era su delicia, aun antes de su ascenso al sacerdocio, y nombrado director del establecimiento por el Papa Pío VII, dejó allí indeleble memoria de su caridad y de su celo, de su dulzura y de su firmeza, de sus virtudes y santidad.

Parece que Roma, tan abundante en eclesiásticos y

en religiosos, en institutos de piedad y en prácticas devotas, presentará un campo bien estrecho para el sacerdote sin cura de almas que quiera ejercitar su celo apostólico. Y no es así, Señores. Un jardín mientras más cultivado, mayor necesidad tiene del cuidado del jardinero. Las florecillas que en medio de un inculto campo no llaman la atención si crecen con poca simetría, ó tienen sus pétalos algun tanto manchados, en el pensil de noble quinta nos parecen defectuosas si el viento las doblaga, si el polvo empaña el brillo de sus hojas. Así es que de continuo las observamos, y aun sin tener encargo especial, nos acercamos á regarlas, á enderezarlas, á limpiarlas. Así acaece en la Ciudad Eterna con las flores de piedad y de religión; y el celo del sacerdote Mastai-Ferretti, nombrado casi al tiempo de su ordenación canónico de la Basílica menor de Santa María *in Via Lata*, encontró donde ejercitarse, y no permaneció por cierto inútil.

Presto fué llamado á mayores tareas. Escuchad, Señores: que esta parte de su vida muy directamente nos toca.

Era el año de 1823. Las inmensas posesiones de España en este lado del Atlántico, después de luchas más ó menos largas y sangrientas, se habían emancipado de la antigua metrópoli. Una multitud de Repúblicas habían nacido en la América del Sud, que formadas por manos inexpertas, gobernadas por hombres no acostumbrados al mando, resentidas de los trastornos sufridos, y que ¡ay! tenían que continuar por largos años, formaban entidades de carácter confuso, indeterminado, indistinto, en lo social, en lo político, en lo religioso. Ni

reconocía su independencia la Madre-patria, ni tenía modo de sujetarlas. Ni rompían ellas del todo con las antiguas tradiciones, ni adoptaban en su totalidad un nuevo sistema. Se jactaban de ser católicas antes que todo, y sin embargo, reducían á la práctica teorías disolventes poco en armonía con los principios de la Iglesia. La mayor parte de las diócesis estaban vacantes; la disciplina del clero mucho había sufrido en las recientes guerras; el pueblo se iba resintiendo cada día más de la falta de pastores. Por otra parte, los nuevos gobernantes, al par que negaban todo derecho divino y clamaban contra las prerrogativas de los reyes, se arrogaban los antiguos derechos de los monarcas españoles, y pretendían ejercer en el santuario una influencia indebida.

Era indispensable atender á esta parte tan numerosa cuanto lejana del Rebaño universal confiado á Pedro; y si bien los vínculos diplomáticos que ligaban al Soberano temporal de Roma con el rey de España, impedían al primero tener relaciones oficiales con los que el segundo consideraba Estados rebeldes, el Soberano espiritual del universo no podía prescindir del deber y derecho de apacentar á todas sus ovejas. A tratar, pues, si posible fuere, con los gobiernos que, aunque republicanos, se pregonaban católicos en el Sud del Continente Americano; á atender de cualquier modo que fuese á aquella porción de la grey, poniéndose en contacto con el pueblo, si no se podía con los gobernantes, envió el Papa Pío VII, como delegado suyo, á Monseñor Muzi, y en calidad de auditor le acompañó el Canónigo JUAN MASTAI-FERRETTI.

No era entonces una travesía del Océano lo que es

en esta época de adelantos materiales: un viaje de recreo, de corta duración y comparativa seguridad. Era preciso cruzar la inmensidad de los mares en frágiles carabelas, atenuadas al soplo siempre incierto de mudables vientos, expuestas no sólo á las borrascas, sino á los asaltos de piratas, que ya descaradamente, ya cubiertos con pabellón de beligerantes, surcaban las aguas en todas direcciones en busca de botín. A todos estos riesgos, y á otras mil aventuras, se vió expuesta y sujeta la Delegación Pontificia, que habiéndose hecho á la vela del puerto de Génova en el tempestuoso Octubre de 1823, arribó á principios de Enero del año subsiguiente á la remota Monte Video.

Casi contaba ya treinta y dos años el auditor Mastai: ¿cómo es que siendo de noble alcurnia, de relevantes prendas y conocido del Pontífice, no lo vemos figurar á la cabeza de esa misma misión ú otra parecida? ¿Cómo acepta y se contenta con un puesto, honroso, sí, pero subalterno, y que quizás otro de su linaje y carrera habría desdeñado? ¡Ah, Señores! Bendigamos á la Providencia los que respiramos el aire de la América Española. Si adornado de la mitra episcopal, y teniendo que guardar toda la reserva y etiqueta de Delegado Apostólico, hubiera visitado Pío IX nuestro Continente, de poco le habría servido su largo viaje para el gobierno de la Iglesia. Pero en la posición en que vino, estuvo en íntimo contacto con el clero y el pueblo, con los personajes más distinguidos y con los más humildes igualmente. En su larga residencia en Santiago de Chile, en los meses que permaneció en Monte Video y en Buenos Aires, durante las penosas y largas jornadas á través de las *Pampas*,

aun más desiertas que ahora, y de la Cordillera de los Andes, que sólo cortaban entonces senderos poco practicables, aprendió perfectamente nuestro idioma castellano; conoció á fondo nuestras costumbres hispano-americanas; estudió nuestro porvenir. Así es que, aunque el objeto especial de la misión que mandara Pío VII no se cumpliera, merced á la extrañeza del Gobierno de Chile, el oculto designio de la Providencia al enviar hasta la remotísima Patagonia á quien destinaba para gobernar la Iglesia Universal, tuvo su pleno cumplimiento. Testigos somos, Señores, los que hemos experimentado el tacto especialísimo del Pontífice que lamentamos, en el régimen de la Iglesia Americana.

Quien ha visto al primer Enviado de la Santa Sede á nuestra México, salir desterrado por uno de nuestros muchos gobiernos; quien ha visto al Nuncio que posteriormente arribó á nuestras playas, vilipendiado por el mismo Emperador que con urgencia lo llamara; quien sabe que igual suerte ha cabido en Colombia y alguna otra República á Internuncios y Delegados; quien ha visto desgarrados los concordatos del Ecuador y Guatemala, y ha oído lamentarse en tiempos no lejanos á muchos de los que han venido al Nuevo Mundo con misiones del Supremo Jerarca, no extrañará por cierto que Monseñor Muzi, con su auditor, se embarcaran de Nuevo en Monte Video en Febrero de 1825, y que, al llegar á Roma el mes de Junio rindieran al nuevo Pontífice León XII cuentas poco lisonjeras de las recién formadas Repúblicas.

Admitido en la Prelatura Romana Monseñor Mastai-Ferretti, se le confía la dirección del grande Hospicio

de San Miguel; y allí quizá, en medio de tantos jóvenes destinados á ser artistas, se perfeccionó su gusto por las Bellas Artes, de que nos ha dejado huellas indelebles en los monumentos erigidos durante su reinado; gusto, por otra parte, innato en Pío IX, como en todo el que abre los ojos bajo el bello cielo de Italia.

III

Era ya tiempo que se abriese un campo más vasto á aquel cuyo teatro habían de ser el Universo y la Historia. En Febrero de 1827 la Ciudad de Spoleto quedó viuda de su Pastor, el distinguido Monseñor Mario Ancajani, y en el Consistorio de Mayo del mismo año, Monseñor Mastai-Ferretti fué preconizado Arzobispo de la ilustre Ciudad.

¿Quién no conoce en Roma la Basílica de San Pedro *in Vinculis*? Edificada por la Emperatriz Eudoxia para guardar unas cadenas, que como dice un escritor contemporáneo, "simbolizan con ser cadenas de hierro la verdadera libertad del mundo," el artista contempla extasiado bajo sus bóvedas la obra maestra de la escultura cristiana, el Moisés de Miguel-Ángel; el Católico adora los hierros que en Jerusalén primero, y después en la prisión Mamertina, sujetaron al Apóstol San Pedro, y que un milagro unió en la forma que aún hoy día sorprende al viajero. Bajo sus bóvedas fué electo Pontífice el grande Hildebrando, aquel Gregorio VII que, víctima de la tiranía, acabó sus días en destierro glorioso. En ese recinto resonó la voz de San León Magno, el vencedor de Atila; ese pavimento sostiene el mausoleo (aunque vacío) del valeroso Julio II, que al frente de su ejército defendió

los derechos sagrados y el territorio de la Iglesia Romana. ¿Fué coincidencia, fué presentimiento, fué augurio? Aquel que debía morir en prisión como Pedro, que había de gemir en destierro como Hildebrando, que estaba destinado á ver á un Atila, ¡ay! no sólo acercarse sino derribar los muros de Roma, y por último que, aunque sin vestir la coraza como Julio, tendría como él que levantar un ejército y enviarlo al combate; aquel sacerdote á quien tantas vicisitudes reservaba la suerte, en los ámbitos de la Basílica Eudoxiana recibió de manos del Cardenal Castiglioni, que después fué Pío VIII, la consagración episcopal.

Permitid, Señores, que no me detenga á narraros las piadosas obras y fundaciones de Monseñor Mastai en Spoleto, ni en Imola, á cuya sede más tarde fué trasladado. El establecer hospicios, llevar hermanas de San Vicente á los hospitales, y monjas del Buen Pastor á las casas de arrepentidas; el ocuparse constantemente en la predicación y en la visita de la diócesi; el dirigir en persona los retiros espirituales del clero; corregir con mano firme los abusos y reformar la disciplina; el llevar, en suma, la vida irreprochable y santa, que á su discípulo ordenaba el Apóstol, formarían por sí solos el panegírico de cualquier Prelado; y no son, sin embargo, el punto culminante de la vida episcopal de Pío IX.

La Península Itálica, y en especial los Estados Pontificios, se hallaban en una efervescencia terrible; las sociedades secretas se agitaban sordamente, y la tempestad estaba próxima á estallar. En todas partes se hacía necesaria una vigilancia sin tregua, y una severidad que rayaba en rigor. En todas partes se excluía de la

sociedad á los poco adictos al Gobierno legítimo, y los que abrigaban ideas avanzadas se guardaban bien de mostrarse en los palacios de los gobernadores y Prelados. Sólo bajo el techo del Arzobispo de Spoleto hallaban todos abrigo y amistosa acogida. Allí estaban seguros de persecuciones y atropellos; allí, por último, se salvaron de la muerte, merced al hospitalario Prelado, muchos de los conspiradores de 1830, y entre otros, Señores, ¿recordáis? aquel que en el trono de Francia fué después perseguidor de Pío IX, y se llamó Napoleón III.

¿Arguyen esta benevolencia y mansedumbre ideas liberales en quien tan generoso se mostraba? ¿Desdecía esta conducta en un Prelado de la Iglesia? ¿Tenían razón los que disuadían á Gregorio XVI de conferirle el capelo cardenalicio, repitiéndole que en casa de Mastai hasta las paredes respiraban liberalismo? Permitid, Señores, que para una respuesta tan ardua, llame en mi auxilio á San Gregorio Magno.

“Hay muchos males, dice, que tiene que tolerar el Obispo, aun cuando los vea claramente, aun cuando los conozca, aun cuando los palpe, porque si no es el tiempo oportuno, ni se presenta una ocasión favorable, ¿de qué le sirve intentar una corrección imposible y aun pernicioso? *Nonnulla autem vel aperte cognita mature tolleranda sunt, cum videlicet rerum minime opportunitas congruit, ut aperte corrigantur.* ¡Pobre inexperto médico! ¿De qué te servirá querer cerrar esa llaga, cuya profundidad aun no has sondeado, cuyos bordes están inflamados y no se prestan á una inmediata curación? No tienes medicinas á propósito, tus instrumentos están enmohecidos, la enfermedad aun no hace crisis: triste de tí, si por excesiva

ansiedad festinas la inoportuna curación. A un alivio aparente y momentáneo sobrevendrá una gravedad repentina, y se apresurará la muerte que quizás podremos dilatar. *Nam secta immature vulnera deterius infervescunt, et nisi cum tempore medicamenta convenient, constat procul dubio, quod medendi officium amittant.* No imites, oh Prelado, la imprudente conducta del novel cirujano. Mientras llega el tiempo de corregir á tus súbditos, súfrellos con paciencia, trátalos con benignidad, toma sobre tí mismo las culpas que no puedes evitar, y preséntate cargado con ellas, como víctima expiatoria al Padre de las misericordias. Así el Rey David, Pastor de pueblos, se queja de que los pecadores han fabricado sobre sus agobiadas espaldas ponderoso edificio de abrumadora iniquidad. No parece sino que hablando en nombre de los futuros apóstoles de la Iglesia de Jesús, dice gráficamente: Llevo como carga sobre mis hombros á aquellos pecadores cuyos yerros me es imposible corregir; con tan pesado fardo avanzo por el escarpado sendero que el Señor me señala, y aguardo sin inmutarme la hora oportuna de la liberación y la justicia, que el Todopoderoso hará sonar cuando le plazca. *Sed cum tempus subditis ad correptionem quæritur, sub ipso culparum pondere patientia præsulis exercetur. Unde bene per psalmistam dicitur: Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores (Ps. 128, 3). In dorso quippe onera sustinemus. Supra dorsum igitur suum fabricasse peccatores queritur, ac si aperte dicat: Quos corrigere nequeo, quasi superimpositum onus porto.* (Regulæ Pastoralis, Par. II, c. 10.)”

Si, según la política humana, fué error lo que tanto recomienda en los Obispos el Magno Gregorio, no sabría

yo, Señores, definirlo. Sería preciso comparar la historia moderna de Spoleto con la de otras ciudades, cuyos jefes espirituales y temporales otra táctica siguieran, y ver en cuál cundió más y más pronto la gangrena social y religiosa. En todo caso, cuando se trata de misericordia y dulzura, todos los actos que de tales virtudes emanan nos seducen y enamoran; y no lejos de pensar de este modo parece haber estado el austero Pontífice Gregorio XVI, cuando á despecho de oposiciones, lo nombró Cardenal de la Santa Iglesia Romana, aunque reservándose *in pectore*, el 23 de Diciembre de 1839.

Conviene, Señores, que os fijéis en esta fecha, por más de un motivo importante. Notad que en 1839, Juan María Mastai-Ferretti era ya personaje importantísimo; que no podía dar un paso sin ser observado por todos; que había llegado á la más alta dignidad de la Iglesia, excepto el Sumo Pontificado; que sus deberes episcopales lo retenían en su diócesi, y que los únicos viajes emprendidos en esta época de su vida, fueron de Spoleto á Roma, y á su nueva diócesi de Imola, á que acababa de ser trasladado el mismo año, el 17 de Diciembre. Recordad también, que doce meses después, en 14 de Diciembre de 1840, fué ya proclamado Cardenal Presbítero, y que habiéndole *cerrado y abierto la boca* según el rito, é impúéstole el simbólico capelo, le fué asignada como título cardenalicio, la Iglesia de San Pedro y Marcelino.*

Torna, torna á tu diócesi revestido de la mística púrpura y ligado á la Santa Sede con vínculos más estrechos que nunca. Ese vivo rojo que cubre tu cuerpo te

* Estas fechas hacen patente que el *Juan Ferretti-Mastai*, que por este tiempo entró en una logia masónica en PALERMO, no fué el *Cardenal Mastai-Ferretti*.